

La vocación del profeta

1^{er} Congreso Teológico P. José Kentenich

Jueves 11 octubre 2018, a las 15,30 hrs.

Casa de retiros Bellavista

Agradecer la invitación. Importancia de la reflexión teológica sobre la figura de los fundadores y de los grandes testigos de la vida eclesial. Es el modo de mantener vigente y actual su legado espiritual. Y de ir entendiendo nuevas virtualidades del mismo

Interés de las categorías de profeta y profecía para analizar el actuar de un fundador o de un santo. Es un concepto muy usado, pero no siempre bien entendido. Está la mirada simplista de la catequesis que habla del profeta como el que anuncia y denuncia. Están también esas miradas politizadas del profeta que lo asimilan a un simple crítico de las realidades sociales o eclesiales; crítico que puede ser de derechas o de izquierdas. Por no hablar de la mirada cristiana más tradicional que reduce su misión a ser un anunciador del Mesías.

Los estudios sobre la profecía han adquirido una orientación nueva a partir de los estudios de un teólogo judío, de origen polaco pero que desarrolló su actividad en USA: Abraham Joshua Heschel (1907-1972). Heschel pone como clave del actuar profético la propuesta de una nueva imagen de Dios. Puso el acento en el tema del «pathos», de la pasión de Dios y en ella la pasión del profeta. Profeta es quien ha hecho una experiencia de un Dios apasionado, ha comprendido a Dios de un modo nuevo, que ha transformado radicalmente su vida. Que lo ha desafiado, dice Heschel, a vivir la «syn-pathia», la capacidad de hacer propia la vivencia de otros: de Dios y de su pueblo. Es profeta quien hace suya la pasión de Dios. Es algo radicalmente distinto al dios aristotélico entendido como motor inmóvil.

El rasgo básico del profeta está en su capacidad de vivir una novedosa experiencia de Dios. En palabras de Heschel: «Para el profeta Dios no se revela en una calidad de absoluto abstracto, sino en una relación personal e íntima con el mundo. Él no sólo ordena y espera obediencia; Él también se ve afectado por lo que pasa en el mundo, y reacciona de acuerdo con ello. Los

eventos y las acciones humanas despiertan en Él alegría o tristeza, placer o ira. No se lo concibe como juzgando al mundo y estando separado de él. El reacciona de una manera íntima y subjetiva, y por tanto determina el valor de los acontecimientos. Como es evidente en el punto de vista bíblico, las obras del hombre pueden conmoverlo, afectarlo, afligirlo o, por lo contrario, alegrarlo y contentarlo. Esta noción de que Dios puede ser afectado íntimamente, que posee no sólo inteligencia y voluntad sino también pathos, define en forma básica la conciencia profética de Dios».

Por lo mismo al querer calificar a alguien como profeta debemos comenzar por reflexionar sobre su imagen de Dios; sobre el modo de entender el vínculo que une a Dios con la humanidad. Y a partir de ese vínculo analizar como el profeta interactúa con las otras personas. Y de modo especial si se sitúa en el horizonte de la más plena figura profética del AT que es la del «Servidor sufriente» del deuterio Isaías. La imagen del hombre sufriente porque ha cargado sobre sí mismo los pecados de toda la humanidad. Un hondo vínculo con Dios que lo vincula con la misma intensidad a sus hermanos es el primer rasgo básico de una figura profética.

Una segunda dimensión muy importante de la profecía es que ella se desarrolla siempre **en relación con una crisis** que está viviendo el pueblo de Israel, y que las autoridades político-religiosas son incapaces de enfrentar. Para entender a un profeta es indispensable reconocer la crisis que está sufriendo el pueblo al cual se refiere el profeta. Crisis que son siempre y radicalmente una crisis **de la experiencia religiosa** que se refleja en una crisis de las estructuras sociales. Actúan en momentos de tensión social y religiosa proponiendo un modo nuevo de entender el actuar de Dios que tiene importancia para entender de otro modo las relaciones sociales; es decir, para revitalizar la urgencia de practicar la Justicia. Cada profeta critica cosas muy concretas de su momento social. Pero no me parece que esté allí lo fundamental, sino en la propuesta de una nueva comprensión de Dios. ¿Cómo esa nueva comprensión de Dios puede iluminar nuestras actuales crisis sociales y eclesiales? Me parece que por allí va la búsqueda de la vigencia de los profetas.

Por lo mismo, los profetas son siempre incómodos y están en conflicto con las autoridades (tanto civiles como religiosas). Los profetas llaman a una «conversión», a un cambio de horizonte (*meta/noia*), a pensar las cosas de un modo diverso. Lo que pone en cuestión el orden establecido y molesta a las autoridades. Los profetas no se conflictúan tanto por una crítica puntual y determinada a ciertas cuestiones precisas, sino por la exigencia de plantearlo todo de un modo diverso.

Un ejemplo claro es el tema de la crítica a las estructuras del culto desde un horizonte enteramente nuevo: «Por eso los hice pedazos por medio de los profetas, los hice morir con las palabras de mi boca, y mi juicio surgirá como la luz. Porque yo quiero amor y no sacrificios, conocimiento de Dios más que holocaustos» (*Oseas* 6,5-6). Texto que luego usa Jesús con la misma intensidad profética: «En aquel tiempo, Jesús atravesaba unos sembrados y era un día sábado. Como sus discípulos sintieron hambre, comenzaron a arrancar y a comer las espigas. Al ver esto, los fariseos le dijeron: «Mira que tus discípulos hacen lo que no está permitido en sábado». Pero él les respondió: «¿No han leído lo que hizo David, cuando él y sus compañeros tuvieron hambre, cómo entró en la Casa de Dios y comieron los panes de la ofrenda, que no les estaba permitido comer ni a él ni a sus compañeros, sino solamente a los sacerdotes? ¿Y no han leído también en la Ley, que los sacerdotes, en el Templo, violan el descanso del sábado, sin incurrir en falta? Ahora bien, yo les digo que aquí hay alguien más grande que el Templo. Si hubieran comprendido lo que significa: Yo quiero misericordia y no sacrificios, no condenarían a los inocentes. Porque el Hijo del hombre es dueño del sábado» (*Mateo* 12,1-8. Cf. 9,13, episodio de la vocación de Mateo/Leví).

Jeremías desconcertó al pueblo con su paradójico llamado a la conversión, como disposición a recibir de parte de Dios el castigo merecido: «Me dijo Yahvé: Aunque se me pongan Moisés y Samuel por delante, no estará mi corazón por este pueblo. Échalos de mi presencia y que salgan. Y si te dicen: «¿A dónde salimos?», les respondes: Así dice Yahvé: Quien sea para la muerte, a la muerte; quien para la espada, a la espada; quien para el hambre, al hambre;

quien para el cautiverio, al cautiverio» (*Jeremías* 15,1-2). Este modo de entender la acción de Dios lo pone en frontal conflicto con los «profetas de paz»: «Esto dice Yahvé Sebaot: No escuchen las palabras de los profetas que les profetizan. Los están embaucando: les cuentan sus propias fantasías, no cosa que haya hablado Yahvé. Dicen a los que me desprecian: «Yahvé dice: ¡Paz tendrán!», y a todo el que se conduce con corazón obstinado: «No les sucederá nada malo» (*Jeremías* 23,16-17). En el anuncio de esta paradójica esperanza, los profetas falsos desempeñan un papel importante como antagonistas de Jeremías, pero fundamentalmente como predicadores de una esperanza no paradójica, sino lineal, falsa. Dichos profetas son calificados de predicadores de rebelión (*Jeremías* 29,32), porque animan a defenderse de los babilonios. Pero también son calificados de «seductores» del pueblo: «¿Cómo embaucaste a este pueblo y a Jerusalén diciendo: “Paz tendrán”, y ha penetrado la espada hasta el alma!» (*Jeremías* 4,10); «Han curado el quebranto de mi pueblo a la ligera, diciendo: “¡Paz, paz!”, cuando no había paz» (*Jeremías* 6,14 = 8,11).

Pero al mismo tiempo Jeremías es capaz de proponer nítidamente la hondura del amor de Dios. Yahveh es reconocido como «Padre» del pueblo, al que ama con ternura: «¿Es un hijo tan querido para mi Efraín, o niño tan mimado que tras haberme dado tanto que hablar, tenga que recordarlo todavía? Pues, en efecto, se han conmovido mis entrañas por él; ternura hacia él no ha de faltarme» (*Jeremías* 31,20; cf. 3,4.19; 31,9).

Para Jeremías, un punto clave del pecado de Israel es distorsionar el culto y el auténtico sentido del Templo. Hay un uso ideológico del Templo para ofrecer una falsa seguridad al pueblo, transformándolo en «cueva de ladrones» (cf. *Jeremías* 7,11; más ampliamente 7,1-18; recordar su uso por parte de Jesús). En 26,1-24 se cuenta un episodio en el cual Jeremías es arrestado «por predicar contra el Templo», ya que señalaba que la vida moral era más importante que el esplendor cultural.

El profeta reacciona frente a los manipuladores de la imagen de Dios, en vistas de sus propios intereses. Los que no tiemblan de emoción ante el encuentro con el Santo de Israel, como habían enseñado ya Oseas e Isaías, y posteriormente

insistirá Ezequiel. Los profetas son los grandes defensores de la santidad de Dios; irreductible a los proyectos políticos o religiosos. Las crisis religiosas tienen como origen un haber perdido el sentido de la transcendencia de Dios, que ha hecho posible un manejo ideológico del tema religioso.

Un tercer rasgo muy importante del actuar profético me parece que es **la propuesta de una ética** como modo privilegiado de responder a Dios y de vivir una vida religiosa consistente. Una ética que no se fundamenta en un deber ser abstracto, sino en una relación de solidaridad, de «syn-pathía» con el hermano. Es la gran propuesta ética de Jesús en la más «eclesiástica» de sus parábolas, la del servidor inmisericorde: el rey/Dios « lo mandó llamar y le dijo: "¡Miserable! Me suplicaste, y te perdoné la deuda. ¿No debías también tú tener compasión de tu compañero, como yo me compadecí de ti?"» (*Mateo* 18,32-33).

Es la temática tan clara de Miqueas: Yahveh tiene un pleito con Israel, y el pueblo se pregunta: «¿Con qué me presentaré al Señor y me postraré ante el Dios de las alturas? ¿Me presentaré a él con holocaustos, con terneros de un año? ¿Aceptaré el Señor miles de carneros, millares de torrentes de aceite? ¿Ofreceré a mi primogénito por mi rebeldía, al fruto de mis entrañas por mi propio pecado? Se te ha indicado, hombre, qué es lo bueno y qué exige de ti el Señor: nada más que practicar la justicia, amar la fidelidad y caminar humildemente con tu Dios» (*Miqueas* 6,6-8). No es la práctica cultural la que salva, sino la vida con coherencia ética.

Un cuarto rasgo del profeta que deseo destacar es que se trata de un «**elegido por Dios**» de un modo especialísimo. Ya desde un precursor de los profetas, como es Samuel, que es un don de Dios a su madre Ana, mujer que hasta esa fecha parecía estéril (*1 Samuel* 1-2). Y luego es llamado de modo especial, en una época en la cual las visiones no eran frecuentes (*1 Samuel* 3); y fue capaz de responder con absoluta disponibilidad a pesar de estar siendo llamado para una misión nada de fácil «Entonces vino el Señor, se detuvo, y llamó como las otras veces: «¡Samuel, Samuel!». El respondió: «Habla, porque tu servidor escucha». El Señor dijo a Samuel: «Mira, voy a hacer una cosa en Israel, que a todo el que la oiga le zumbarán los oídos» (*1 Samuel* 3,10-11).

Desde el primer libro profético encontramos la idea de que el llamado profético tiene una fuerza casi irresistible. «¿Van juntos dos hombres sin haberse puesto de acuerdo? ¿Ruge el león en la selva sin tener una presa? ¿Alza la voz el cachorro desde su guarida sin haber cazado nada? ¿Cae el pájaro a tierra sobre una trampa si no hay un cebo? ¿Salta la trampa del suelo sin haber atrapado nada? ¿Suena la trompeta en una ciudad sin que el pueblo se alarme? ¿Sucede una desgracia en la ciudad sin que el Señor la provoque? El león ha rugido: ¿quién no temerá? El Señor ha hablado: ¿quién no profetizará?» (*Amós 3,1-8*). Y como lema del libro: «El Señor ruge desde Sion y desde Jerusalén hace oír su voz: los campos de pastoreo están desolados y se ha secado la cumbre del Carmelo» (*Amós 1,2*). Jeremías llegará a explicitar mucho más el carácter irresistible de la vocación profética: «Antes de formarte en el vientre materno, yo te conocía; antes de que salieras del seno, yo te había consagrado, te había constituido profeta para las naciones» (*Jeremías 1,5*).

Nuevamente Heschel es muy agudo para describir las implicancias de la vocación profética: «La característica única de la simpatía religiosa no es la autoconquista, sino la autodedicación; no suprimir la emoción, sino dirigirla nuevamente; no la subordinación silenciosa, sino la cooperación activa con Dios; no el amor que aspira al Ser de Dios en Él mismo, sino la armonía del alma con la preocupación de Dios. Ser un profeta significa identificar las preocupaciones de uno con las preocupaciones de Dios». Y en una dimensión más social: «El profeta fue un individuo que dijo no a su sociedad, condenando sus hábitos y suposiciones, su complacencia, indocilidad y sincretismo. A menudo se vio impelido a proclamar lo opuesto a lo que ansiaba su corazón. Su objetivo fundamental era reconciliar al hombre con Dios.»

Un quinto, y último rasgo del quehacer profético interesante de destacar es **el nexo con el futuro**. El profeta no es un hombre que viva cuidando el pasado, sino que está atentísimo a «salvar el futuro». Es un hombre empeñado a mover al pueblo a la conversión necesaria para hacer posible el futuro ofrecido por Dios. Es el hombre que sabe mirar y entender en hondura las dinámicas del presente. Y para hacerlo es capaz de relativizar radicalmente las seguridades

que vienen de una lectura simplista del pasado. «Israelitas, ¿no son ustedes para mí como los cusitas? –oráculo del Señor–. ¿Acaso no hice salir a Israel del país de Egipto, como a los filisteos de Caftor y a los arameos de Quir?» (*Amos 9,7*). No cabe entender la alianza como un «seguro contra todo riesgo», sino como un don que radicaliza la exigencia de una coherencia de vida. Como predicaba el Bautista: «Juan decía a la multitud que venía a hacerse bautizar por él: «Raza de víboras, ¿quién les enseñó a escapar de la ira de Dios que se acerca? Produzcan los frutos de una sincera conversión, y no piensen: «Tenemos por padre a Abraham». Porque yo les digo que de estas piedras Dios puede hacer surgir hijo de Abraham» (*Lucas 3,7-8*).

El profeta al mirar la realidad desde los ojos de Dios es capaz de reconocer las consecuencias últimas que conlleva el actuar humano. Y que por lo mismo lo único que asegura de verdad un buen futuro personal y nacional es un actuar con consecuencia ética.

Concluyo señalando que he querido destacar cinco rasgos de la vocación profética que hoy en día me parecen especialmente interesantes:

1. El profeta, su relación con Dios y la propuesta de una nueva comprensión del actuar de Dios y por ende de nuestra respuesta a él.
2. El profeta y las experiencias de crisis: urgencia de revisar la calidad de las estructuras culturales (compasión/misericordia) y sociales (justicia). No usar idolátricamente la imagen de Dios.
3. Propuesta de una vida ética como la respuesta a la acción divina. Una ética modelada sobre el modo de actuar de Dios.
4. El profeta es un hombre elegido por Dios para una tarea especial, que lo implica por entero, y a la cual es casi imposible renunciar.
5. El profeta mira con hondura el presente, pero en vistas del futuro preparado por Dios para el pueblo y para cada uno.

La profecía es un elemento vital de la reflexión veterotestamentaria. Pero corresponde al modo según el cual Dios interviene en tiempos de la monarquía israelita. En tiempos del post-exilio desaparecieron los profetas y la monarquía. ¿Por qué? Porque cambia la experiencia más honda del pueblo, su autoconciencia: de ser un pueblo que se reconocía capaz de grandes proezas nacionales y de exigirse un comportamiento ético riguroso, pasó a ser un pequeño grupo étnico sometido a los grandes imperios, humillado como nación, y con la dolorosa experiencia de haber sido incapaz de una respuesta plena a la voluntad de Dios: «Oré al Señor, mi Dios, y le hice esta confesión: «¡Ah, Señor, Dios, el Grande, el Temible, el que mantiene la alianza y la fidelidad con aquellos que lo aman y observan sus mandamientos! Nosotros hemos pecado, hemos faltado, hemos hecho el mal, nos hemos rebelado y nos hemos apartado de tus mandamientos y tus preceptos. No hemos escuchado a tus servidores los profetas, que hablaron en tu Nombre a nuestros reyes, a nuestros jefes, a nuestros padres y a todo el pueblo del país. ¡A ti, Señor, la justicia! A nosotros, en cambio, la vergüenza reflejada en el rostro, ... y también a nuestros reyes, a nuestros jefes y a nuestros padres, porque hemos pecado contra ti!» (*Daniel 9,4-8*).

Ante una nueva antropología surge un nuevo modo de enfrentar la reflexión teológica y el camino de la fe, que reemplaza la teología profética:

- La apocalíptica, que es una mirada que pone toda la historia en manos de Dios, quien posee la última palabra. Que recompensará al justo sufriente y que en el juicio final premiará a justos y condenará a los pecadores. El hombre debe confiarse en Dios y dejarse guiar por él.
- Lo sapiencial, como una pedagogía de acuerdo a la cual es posible aprender un modo de vida que sea razonablemente fiel a Dios, respetuoso del hermano y que conduzca a una plenitud personal. Lo sapiencial conlleva una confianza en la racionalidad humana, compartida por todos, que nos puede guiar en la vida. Es una reflexión propia de una sociedad más plural.

Me queda pendiente la pregunta respecto del mejor modo de articular estos tres cauces de reflexión para la propuesta actual de la fe (P. Adolfo Nicolás).

